El humor más atrevido

Juan Carlos Pereletegui

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

El jefe de estación levantó su banderín rojo y el tren lanzó un pitido agudo al tiempo que las ruedas comenzaban a girar haciéndole salir de la estación. Le costó tomar velocidad porque el terreno era montañoso, a lo largo del trayecto había muchos puentes sobre corrientes vertiginosas y largos y lóbregos túneles. El revisor se cercioró de que el viaje se iniciaba sin contratiempos y se dispuso a iniciar su recorrido, pero antes se miró un instante en el espejo. La sombra de ojos se le había corrido así que la retocó con maña y ya de paso recubrió sus labios de una gruesa capa de carmín y se empolvó las mejillas para disimular la barba. Se ajustó la gorra azul y alisó la chaqueta sintiéndose tan chulo como un San Luis. Le sopló un beso a la imagen del espejo y salió catar el pasaje que le había deparado el Señor.

En el primer compartimento un joven excelentemente trajeado de gris marengo, con un pañuelo fucsia asomando descuidadamente por el bolsillo superior de la americana le recibió con gesto ceñudo. Soltó la mano de su mujer para entregarle los billetes, al tiempo que se quejaba del aire acondicionado. Sin hacerle ningún caso, el revisor fingió mirar los pasajes sin quitar ojo del tercer pasajero: un montañero modelo armario de dos cuerpos, con unos pectorales que amenazaban reventar la camiseta y una barba de tres días que comenzaba a rizarse. Por desgracia para él, sus ojos azules devoraban sin disimulo a la esposa del petimetre, una rubia espectacular, vestida, es un decir, con un vestido rojo ajustado como un guante. Mientras su marido seguía quejándose de la ineficacia del aire acondicionado, ella le apoyaba haciéndose la acalorada y para dar más énfasis a la protesta, se separó levemente el escote del vestido y se sopló los pechos para refrescarlos. El revisor salió del compartimento dejando que el montañero buscara a ciegas los ojos que se le habían caído al suelo.

En el siguiente compartimento se encontró la puerta cerrada. No se sorprendió puesto que ya estaba advertido. Nada tenía que hacer allí pero sentía curiosidad, así que dio unos golpecitos discretos. Se alzó una cortinilla, unos ojos escrutadores miraron en todas direcciones y unos segundos después le franqueaban el paso. El prisionero estaba engrillado de pies y manos y fingía dormir. Era un joven bien parecido, de barbilla angulosa, tez morena y manos finas que al revisor le arrancaron un suspiro. Los guardias que lo vigilaban, por el contrario, eran dos brutos zafios y malcarados que respondieron con grosería a la amable bienvenida a su tren que el revisor les dedicó. El preso era famoso por sus habilida-

des escapistas, sus espectaculares fugas le habían brindado cierto favor del público, especialmente del femenino. Haciendo honor a esa fama, mientras los guardias se ensañaban con el revisor, sacó de la boca el clip que escondía desde dos días antes y en un abrir y cerrar de ojos abrió las esposas de las manos, escondió el clip en el mismo sitio y continuó haciéndose el dormido.

Escocido por las pullas que le dedicaban los guardias, el revisor pasó al siguiente compartimento donde dos monjitas rezaban el ángelus y no pudo por menos que sentirse reconfortado por tan piadosa escena. Difícilmente podía imaginar que a una de ellas, la más joven, la trasladaban de convento como castigo por haberla sorprendido en la cama de una novicia, postrada y rezando, aunque no el ángelus. La superiora le había asignado de carabina para el traslado, a una hermana de su total confianza, pero quizá le tendría menos confianza si supiera que se había dado buena prisa en ponerse un tanga rojo bajo los hábitos, tanga entrado de contrabando en el convento. No le hacía ninguna gracia que su compañera hubiera elegido para sus maitines una cama que no era la suya y estaba decidida a enderezarla y llevarla por el buen camino... el que conducía a su tanga.

El revisor aceptó su bendición con humildad y pasó al siguiente compartimento en el que le esperaba un espectáculo deprimente. Era obvio que las dos familias habían discutido, posiblemente por el espacio donde colocar los equipajes, y ahora se sentaban en los asientos de ambos lados, frente a frente, fingiendo indiferencia con exagerados fruncimientos de labios. En contrapartida, los hijos, chico por un lado, chica por el otro, ambos en la edad que el roce con alguien del sexo opuesto da calambre, parecían divertidos de la situación, se miraban, se guiñaban el ojo, amagaban una sonrisa de disculpa por sus progenitores y se replegaban cuando el padre o la madre, según el caso, les atizaban un cachete por su descaro.

Al entrar en el siguiente compartimento el revisor se quedó de piedra; hasta la tradicional petición de billetes que de tan repetida ya era un acto reflejo, se le enganchó en la garganta. En el lado izquierdo, en medio del asiento, ZP le miraba con ojos de carnero degollado, mientras desde la nariz se le despeñaba una gota mocosa. Es que la alergia hacía estragos aquella primavera. Estaba el presidente flanqueado por sus adláteres, la doncella Fernández de la Vega a la diestra y Rubalcaba I «*el pilos*», a la

siniestra. Enfrente, a la derecha de la entrada, por supuesto, Rajoy bizqueaba intentando focalizar a sus oponentes, repitiéndose una y otra vez que podía confiar en su tropa. A su derecha, Zaplana revisaba su bronceado en un espejito de mano, mientras Acebes, a la izquierda solo por exigencia del guión, sonreía, caridoliente de saberse tan guapo. Al revisor le vinieron a la mente «El bueno, la fea y el malo» y «El padrino». Ticó los billetes y salió pitando.

En su siguiente parada se encontró con un matrimonio maduro, ambos bien entrados en carnes. Recientemente les había sonreído la fortuna del fallecimiento de un pariente, lejano y riquísimo, y estaban ansiosos de proclamarlo a los cuatro vientos. Ella llevaba el escote cubierto de diamantes que se escurrían por el profundo cañón abierto entre unos senos más que abundantes. Él chupaba con furia de un carísimo habano, a ver si se acababa y podía encenderse otro, ensortijado, a modo de vitola, con un pedrusco del tamaño de un huevo. El revisor no pudo evitar sentir una oleada de simpatía por sus compañeros de viaje: tres personajillos apiñados en el fondo del compartimento, visible y conscientemente ignorados por el señorial matrimonio que ahora ya no se avenía a confraternizar con las clases bajas. Pero aquellos rateros no eran tan escrupulosos y no le quitaban ojo a tanto quilate falto de cariño sincero.

Pensando que allí no tardaría en haber tomate se dirigió a los dos últimos compartimentos de su ronda. En el primero le recibió un griterío ensordecedor, el que profería una manada de zagales ante la desesperación impotente de sus progenitores. La madre, una mujer consumida por los incesantes embarazos, le alargó los billetes con una tímida sonrisa de disculpa. Mientras ticaba el mazo, reparó en uno de los rapaces, un pilluelo de diez u once años que miraba con inquina a una chiquilla flacucha, algo mayor que él, pero no mucho, sentada muy modosa en un rincón. Sin duda alguna una primilla resabionda, agregada a la *troupe* por motivos procelosos y que se había ganado la animadversión del, hasta entonces, jefe indiscutido de la jauría. Consciente de la mirada del rapaz, ella se levantó las faldas, enseñándole las bragas, al tiempo que le sacaba la lengua, para demostrarle que era suyo lo que él más odiaba y, a la vez, deseaba.

Le devolvió los billetes a la mujer con una mirada de compasión y salió para finalizar su recorrido. Al abrir la última puerta el corazón le dio un brinco de alegría. El joven estaba de espaldas a él, estirado, tomando algo del compartimento de equipajes. Era tan ancho de hombros como estrecho

de cintura. Las mallas marcaban nítidamente unos glúteos de granito y se perdían en la zanja que los separaba. Una camiseta de tirantes era todo lo que cubría una espalda que debía haber costado una fortuna en anabolizantes y sobre la que reinaba una cabeza coronada por la melena, rubia y sedosa. El joven terminó de trajinar con su equipaje, se volvió y le inundó con una sonrisa que derritió hasta el rímel de sus pestañas.

El revisor ticó el billete y salió, sintiéndose en una nube. Se detuvo un instante en el pasillo, para convencerse de que no había tenido una visión, luego se dirigió con paso firme al cuadro de control y desconectó el alumbrado interior. Sabía que estaban a punto de adentrarse en un túnel, el más largo y oscuro de cuantos tenían que atravesar.

El tiempo que el tren tardó en recorrerlo, a unos se les hizo interminable, mientras que a otros les pareció tan breve como un suspiro, pero para todos, nada volvió a ser igual cuando la luz inundó de nuevo los vagones.